

David Roa

**LA TRISTEZA DEL
ASTRONAUTA**



Optimismo

Pude suicidarme en la puerta de sus casas.

Olor a sangre y vísceras

y las caras de los vecinos recién bañados.

Pero escribí un libro de poemas;

romántico y optimista,

digo yo.

Sobre todo los otros sentimientos

El odio, por ejemplo,
la insaciable necesidad de revancha,
una victoria que me eleve en los brazos de todos,
como un gigantesco bebé;
la rabia, escandalosa como la mía,
como de un perro pequeño,
explosión de la que me sostengo
en los apagones de la nada;
la tristeza,
como un incendio de agua
del que todo el mundo corre
espantados de sí mismos;
la autocompasión,
alimento imprescindible,
los dientes apretados
en un trocito mordisqueado de vida;
las ganas de
morirse y la pe
re
za.

Oportunidad

Sé que pasó por tu mente
la idea de venir a verme.
No pasa nada, no te preocupes;
un amigo saludable, que se cruzó conmigo,
te va a contar, apenas te vea,
que ya estoy mejor.
Te dirá que el fracaso es una oportunidad,
que eso le dije;
«sus propias palabras», te va a decir;
buenas noticias,
imagínate,
si me hubieras visto.
Mentiras,
no hay necesidad
de imaginar:
te digo que ya estoy mejor,
el fracaso es una oportunidad,
lo dijeron en una charla que oí
en internet, está buenísima,
de verdad que sí,
yo te la mando.
En cualquier caso,
tranquilidad,
que es lo más importante.
Por mí no te preocupes.
estoy mucho mejor.

Dos puntos

Dos puntos:

negros,

rotundos,

para enumerarlo todo.

Hijo pequeño, todavía mío:

miedo

de que me enumeren tus ojos

por completo.

Desde hace rato

Sorprende también mi cara
en los espejos.

Porque soy borroso
desde hace rato.

Cosas

Ahora que volví, me la paso caminando por la casa,
mirando las cosas sin llegar
a entender los signos,
las formas de lo que hay
aquí adentro;
formas que parecen caprichosas
en su desorden cotidiano.

Cosas tímidas que todavía
me tratan como a un desconocido
que vuelve después de un viaje
del que no se habla.

Una fiesta

Pocas cosas son tan nuestras, tan
tuyas y mías,
como los platos.

Nos quedan muy pocos, todos despichados; estoy
seguro de que algunos,
simplemente,
desaparecieron,
aunque nadie lo notó.

Algunos los rompió la señora que viene
una vez por semana,
al descubrirse de repente lavando nuestra loza;
los demás son peones muertos
de nuestra guerra permanente. Nada acompaña
mejor a la ira doméstica
que la queja de un plato cuando estalla.

Qué cantidad de cosas se han roto por nosotros
desde la copa
que tu madre estalló contra el piso
celebrando nuestra boda.

Sé que pocas veces te has sentido feliz conmigo,
como prometen los matrimonios,
pero imagina por favor que ese constante
romperse de nuestros platos
es nuestra fiesta de matrimonio
que no se acaba.

Nada

Poder decir que no queda nada
dentro de mí:

una Nada Fulgurante,

una Orgullosa Nada

no es posible.

Lo que hay es un reguero; un

cuerpo sin lavar, una botella

desocupada,

de las grandes,

de Coca-Cola,

unos paquetes de papas, unos zapatos

viejos, una ropa, cosas

pequeñas, regadas en el cuarto

oscuro de mi pecho

y estar temiendo todo el tiempo que quedan

pocos capítulos de Juego de Tronos

para ver.

Indiscreción

La que camina con acento montañoero,
la que va dejando un rastro
de lecho de río,
la golpeada,
la que siempre trató
de cambiar su vida
subiéndose a una flota;
a ella una vez mi papá,
sin que ella se lo preguntara,
le dijo que la quería.

Él era joven,
él era enfermo,
él era trascendente.

Poco después se separaron;
ella se quedó conmigo.

Mi padre:
esa cosa muerta en todos mis bolsillos,
la sombra de mi cara
que a los curiosos atrae
y a los demás asusta.

A él hace poco le pregunté
si me quería
(qué saludable ahora, mi padre, a sus años,
y yo enfermo);
en este caso preguntar
fue una indiscreción.

Nunca dejé de fumar, amor

Nunca dejé de fumar, amor,
nunca. Todas las luces artificiales
siguen detrás de mis ojos y
cuando nos sentamos
a ver la televisión siento
el chisporroteo, la pirotecnia
vibrándome. Una dicha permanente,
mía.

Y todo lo que vemos
en las pantalla, en
las vigiliias, en
los andenes, en
las vitrinas
se refleja en el cielo que me acompaña
bajo los párpados.
La imagen que resulta en la superficie
profunda del agua
me inunda
despacio
se demora.

Hay días en que vivir es largo
largo,
en cambio, el agua
es bella como una fiesta.

Ojo de pez

En mi país hay una puerta
y en la puerta, un ojo de pez;
el ojo de pez es para mi país
el mundo.

A través del ojo de pez se ve muy poco
pero al menos a veces
hay luz.

En mi país ya no amanece;
pero la luz del ojo nos alumbra
tan fuerte
que nuestros contornos se dibujan
como muertos que se asoman.

Cuando eso pasa la puerta
se contonea
y recordamos que queda
dicha en el mundo;
pero eso no nos alegra
porque la dicha
del mundo
nos pone
melancólicos.

La melancolía es una de las pocas cosas
que pasan en mi país.

Las otras cosas son solo cosas
que suceden mientras pasamos
todo el tiempo
mirando el ojo de pez,
mirando la puerta del mundo.

Un regalo

Amigo que lanzaste la pelota
para poncharme
y recibiste el aplauso del equipo
por el acierto, hinchado
de triunfo fuiste
tan grande que tú mismo
lograste verte de cuerpo
entero y de perfil,
como tallado en un trofeo
en la calle en que jugábamos,
aunque oscurecía,
alumbrado por el poderoso
reflector de mi derrota.

Ahora que me abrazas
para contarle a todo el mundo,
magnanimado con la procesión
alta que es tu frente,
nuestra gran anécdota
de la que recuerdas tanto,
me das el gran regalo
que le darás nunca a alguien:
la pureza
afilada,

persistente,
pequeña luz,
muda como un cuchillo,
mi cuchillo,
perdido en medio de esa calle,
sombra amordazada, mi alma;
me diste
mi primer odio.

Pereza

Recostado,
la espalda en la espalda del mundo,
observo mi pereza:
palco al paisaje de mí mismo.

Pereza II

Vagos los que denigran de la pereza,
y trabajan para olvidar,
ofendiendo la sagrada
vocación de los borrachos.

Saltando

Va a cumplir tres años y está
saltando en un trampolín, nadie lo mira.
Está allá afuera y lo imagino. Hay palmeras
y árboles de limón y mango, el cielo
está claro, aunque algo nublado.

El paisaje se detiene al fondo
de cada uno de sus saltos.

Su conciencia,
una cascada hacia adentro.
Su cuerpo,
puro asombro que se eleva.

La ventana

Extrañaré la ventana,
el desorden gris de los tejados; celofán enorme
que no tengo que esconder después
de tanto garabato licencioso que la pereza
le dibuja encima. Nada en particular
interesante,
nada excepcionalmente bonito,
nada excepto toda la ventana
que permite y olvida.

Yo siempre

Yo siempre llego, bien temprano,
a donde no era, un día
antes o después.

Siempre trabajo, trabajo mucho,
por pura pereza.

Ando detrás de mí, recogiendo
el reguero, ofuscado.

Oigo las noticias,
y rompo todo lo que se puede
romper:

con la punta del codo, con
el borde de la chaqueta, con
el paraguas siempre
nuevo, siempre
olvidado,
junto a la silla.

Yo siempre parado
en el ángulo que no
me favorece.

El sol

El sol,
buen amigo gordo.
Un trago de ron
invitado por cualquiera,
en una finca,
llena de gente contenta
y desconocida.

Amigo,
estoy borracho y
sudoroso;
el aire es naranja,
las voces
se diluyen en la
humedad
de tu calor

Todo es risa
ligera,
casi nada.
Mis pasos

siguiendo el viento,
mi nana tibia
me lleva de la mano.

Amigo,
mi vida vieja,
las personas,
sus pedazos siempre
en la mirada.

La luz
de la media vida.
Me evaporo sobre
el suelo que dejaste
caliente.

La tristeza del astronauta

Solos,
los dos,
el astronauta
y el planeta.

Un viaje de años;
esperar y esperar la emoción del encuentro que,
al final
parece tan pequeña.

El astronauta y el planeta
desilusionados.

El astronauta imagina
contar y contar el viaje,
exagerar lo inmenso,
inmenso cansancio
de contar.

El planeta
mudo, una piedra grande.

De hecho,
la tristeza mía es más triste:

una tristeza anterior al astronauta que está
tan,
tan lejos, allá
con su planeta, ignorante
de mí.

Cumpleaños

...convalecencia de la nada...

Juan José Saer

Velas de cumpleaños
flechas de punta fosforescente
que indican siempre hacia arriba,
que desean el espacio.

Cohetes al revés
que, aunque se encienden,
no logran despegar.

Señalan
el lugar de los planetas
que son canicas en la mente
del niño:
juguetes que se pierden
mientras pasan los años.

El niño que sopla,
desea

algún día llegar al espacio
sin saber que ya
se encamina, constante, a aumentar
la infinita cantidad
de nada.

Los androides

Soñé la promulgación
de los derechos de los androides.

No se castigan con la muerte
sino con la degradación en cuerpos humanos.

Siempre como artistas famosos,
como deportistas millonarios.

Hasta que mueren naturalmente
aterrados,
con la repisa llena de copas,
de Óscars y de Grammys
y un minuto de silencio
en el Santiago Bernabeu.

A los mejores androides se les premia
también con la degradación humana.

Pero en colcénteres
o trabajando para Jeff Bezos.

Mueren completamente ajenos al cambio
y descansan en paz.

Biche

Ojalá encontrara en un libro abierto
mi propia mano extendida hacia mí;
un perdón que me llevara de regreso
al libro en el que me quedé
cuando mi corazón era biche
y apenas conocía la tristeza
(me limpiaba los mocos
desde la altura
de una montaña nueva).

Todo era deseo y ganas de regalar
mis ojos lustrosos brillando sobre las hojas.

Agua nítida entre mis manos,
y piedras luminosas en el fondo.

Lamentablemente

No tengo instrumento para
entonar

líneas de aire,
ni viento de tierra
caliente, ni luz.

Mi cuerpo solo es
capaz de transportar deseo
mientras sigo

andando,
redundante, lleno de dolores,
de chirridos;

un carro viejo al que la belleza se sube
un día, y lo ilumina.

Un chiste involuntario,
lamentablemente.

Un poema

Quisiera un poema
como un techo,
para que descansen los que se demoran
buscando buscando buscando,
regañados desde siempre
por no saber buscar.

Una casa para los torpes que
incendiaron sus manos
y les duele,
sobre todo, cuando las usan
productivamente.

Que no pese,
aéreo,
brillante,
redondo,
un diapasón de oro,
una piedra saltarina,
una gota que se estalla,
fresca, en la frente,
para en ella hundirse.

Un eco que resuene,
bajito,
constante,
y el visitante se desvanezca
en su sonido.

Una brisa que, por fin,
por fin por fin,
suceda,
y nunca se termine.

Mi cabeza

Mi cabeza es
un globo amarillo,
lleno de agua, esperando
su destino natural.

Un poeta de Facebook

Estoy siguiendo
a un poeta de facebook,
una máquina:
obtura veloz
preciso
como cámara de cine.

Lo mío sigue siendo
la crayola.

Escribir

Escribir porque, de casualidad,
se está escribiendo
y no hablando,
hablar porque, de casualidad,
se está hablando
y no escribiendo.

Sin mezquindad,
sin darse cuenta. Un rastro
de migas de galleta sobre el piso:
desde el cajón de la cocina
hasta la cama,
por el sendero corto
de la verdadera
vida de uno.

Fachadas

Yo no escribo,
ni leo;
solo transito las palabras por encima,
solo miro sus fachadas.

Me invento recorridos por los pocos lugares que me permite
mi corto sentido de orientación.

Lo que se hace dentro de estos lugares,
honestamente no lo sé,
y como un mal turista, ni me entero;
intuyo espacios inacabables.

No me fío de los monumentos
que me cruzo,
ni de mi propia fe
en esta especie de culto en el que, sin darme cuenta,
persisto caminando,
tan solo porque es más difícil
quedarse quieto.

El de las profundas dimensiones
de lo que yo jamás he podido decir.

Siguiente

Un poema debe ser
el verso siguiente al verso final de los poemas:
verso invisible,
espacio vacío que hay
entre la emoción anterior
y la que todavía no llega.
Esa nada.

Verbo

Un adjetivo que se le pone al tiempo
para decirlo, pero nunca
se termina de decir
y sigue y sigue.

Formas de estar muerto

Cansarse

de todo en el segundo verso

es estar muerto con elegancia, pero

estar muerto,

muerto muerto,

es andar buscando todos los días,

a todas horas,

las putas

llaves.

DAVID ROA



Autorretrato (2021), David Roa.

Librero, dibujante, músico.

Índice

Optimismo.....	3
Sobre todo los otros sentimientos.....	4
Oportunidad.....	5
Dos puntos.....	6
Desde hace rato.....	7
Cosas.....	8
Una fiesta.....	9
Nada.....	11
Indiscreción.....	12
Nunca dejé de fumar, amor.....	14
Ojo de pez.....	15
Un regalo.....	17
Pereza.....	19
Pereza II.....	20
Saltando.....	21
La ventana.....	22
Yo siempre.....	23
El sol.....	24
La tristeza del astronauta.....	26

Cumpleaños	28
Los androides.....	30
Biche	31
Lamentablemente	32
Un poema.....	33
Mi cabeza	35
Un poeta de Facebook	36
Escribir	37
Fachadas	38
Siguiente.....	39
Verbo	40
Formas de estar muerto	41
David Roa.....	43

Título: La tristeza del astronauta.

Autor: David Roa.

Edición: Hoja en Blanco.

Diseño de portada: Andrés Felipe Mendoza Vélez.

ISBN: 978-628-01-5724-5

Primera edición: noviembre, 2024

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita a Hoja en Blanco con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre su trabajo. Esta edición está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



CC BY – NC – ND 4.0

Se permite copiar, descargar y compartir esta edición siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

Descarga gratis esta y otras obras en

www.hojaenblancoeditorial.com



Esta obra se imprime en noviembre de 2024 en los talleres de Digigraphic Impresores, con un tiraje de 300 ejemplares.